137

CARTA ENCICLICA "RITE EXPIATIS" (*)

(30-IV-1926)

A LOS VENERABLES HERMANOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS, OBISPOS Y DEMAS ORDINARIOS EN PAZ Y COMUNION CON LA SEDE APOSTOLICA

SOBRE SAN FRANCISCO DE ASIS, AL CUMPLIRSE EL SEPTIMO CENTENARIO DE SU MUERTE

PIO PP. XI

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

AAS 18 153 1. **Celebración del séptimo centenario de la muerte del Santo.** Después de haberse purificado debidamente las almas de muchos fieles y excitado a una manera más perfecta de vida en esta Alma Urbe, por medio del Jubileo Magno —el cual hemos prorrogado para todo el orbe al finalizar el anterior— parece que se Nos agrega un gran cúmulo de beneficios buscados y esperados del mismo por la conmemoración solemne que en todas partes se prepara de FRANCISCO DE ASÍS, al cumplirse el séptimo siglo desde que cambió felizmente el destierro terrestre por la patria celestial. Fue un hombre dado no sólo a la edad turbulenta en que vivió, sino a la sociedad cristiana de todos los tiempos, por designios divinos, para su reforma; al designarlo Nuestro inmediato Predecesor como patrono celestial de la llamada Acción Católica, es conveniente que aquellos de nuestros hijos, que según Nuestros mandatos trabajan en la Acción Católica, de tal manera, juntamente con la numerosa familia de FRANCISCO, recuerden y ensalcen sus hechos, sus virtudes y espíritu, que desechada aquella falsa imagen del Seráfico Varón que gusta a los que favo- 154 recen los modernos errores, o a los hombres y mujeres seculares y fastuosos, todos los fieles imiten y se revistan de aquella forma de santidad que él Nos presentó. conformada con la pureza y simplicidad de la doctrina evangélica. Y a esto deseamos que tiendan todas las ceremonias sagradas, públicas manifestaciones, conferencias y sermones en el curso del año secular: a que el Seráfico Patriarca sea celebrado con auténticas manifestaciones de piedad tal como fue, y no diferente, a fin de que aparezca con aquellos dones de la naturaleza y de la gracia, empleados maravillosamente para la mayor perfección propia y de los prójimos.

2. **El Heraldo del Gran Rey y Reformador.** Y si es temerario comparar entre sí a los Santos del Cielo, de los cuales el Espíritu Santo eligió unos para una misión y otros para otra en este mundo, —la cual comparación, nacida muchas veces de los movimientos desordenados del alma, está vacía de toda utilidad y es injuriosa para el mismo Dios autor de la santidad— parece sin embargo que ningún otro Santo hubo en el cual la imagen de Cristo Nuestro Señor y la forma de vida del Evangelio haya brillado más exacta y más expresiva que en FRANCISCO. Por lo cual el que se llamó a sí mismo *Pregonero del Gran Rey,* él mismo ha sido con acierto llamado *otro Cristo,* porque apareció a sus contemporáneos y a los venideros como Cristo vuelto

(*) A. A. S., 18 (1926) págs. 153-175. Traducción especial para la 1ª edición.

a la vida: de donde se siguió que viva hoy ante los ojos de los hombres y que vivirá para toda la posteridad. Lo cual ¿a quién puede maravillar, cuando ya los primeros de sus contemporáneos que escribieron sobre la vida y obra de su Padre Legislador, pensaron que éste tenía una naturaleza casi mayor y superior que la humana; cuando Nuestros predecesores, que trataron a FRANCISCO familiarmente, no dudaron en reconocer que él había sido enviado providencialmente para la salvación del pueblo y defensa de la Iglesia? Y ¿por qué, después de tan gran intervalo desde la muerte de FRANCISCO, la piedad de los católicos y la misma admiración de los no católicos se renueva con ardor, sino porque su vida resplandece no menos hoy que ayer y su fuerza y su virtud para curar a los pueblos, por ser hoy todavía tan eficaz y es para ello invocada? Su acción reformadora de tal manera alcanzó a todo el género humano que, además de haber restituido ampliamente la integridad de la fe y de las 155 costumbres y el concepto común y social, como dicen, de la caridad y justicia evangélicas, moderaron la vida penetrándole muy interiormente.

3. **Importancia y fruto de la celebración.** Es conveniente, de acuerdo con la amplitud e importancia del acontecimiento que se acerca, que excitemos en el pueblo cristiano por medio de Nuestra alocución, el espíritu de SAN FRANCISCO, que en nada se aparta del sentido y de la manera de ser del Evangelio, trayendo a la memoria saludablemente en esta oportunidad las enseñanzas y los ejemplos del Patriarca de Asís. Pues tenemos placer en competir con Nuestros próximos antecesores en aquella piedad por la que no dejaron pasar la memoria de algún acontecimiento secular durante su vida sin que por medio de la autoridad de su magisterio apostólico la ilustraran y animaran a celebrarla. Y en esta parte recordamos con gran placer de Nuestra alma, y no pueden menos de recordarlo con Nosotros los que ya no son jóvenes, que se encendió el amor del pueblo en todas partes hacia FRANCISCO y a su Institución por la *Encíclica "Auspicato"*, publicada por LEÓN XIII[1] hace cuarenta y cuatro años, cuando se cumplía el séptimo centenario del nacimiento de FRANCISCO DE ASÍS; y puesto que aquel fervor produjo múltiples manifestaciones de piedad y la deseada renovación de los espíritus, creemos que el próximo acontecimiento tendrá por su importancia un fruto igual. Más aún, esperan mayor fruto en los tiempos actuales de la sociedad cristiana. Pues ¿quién ignora que se ha iniciado en general un mayor aprecio de los bienes del espíritu, y que los pueblos, por la experiencia de los tiempos pasados, han aprendido que sin la vuelta hacia Dios no puede haber paz y seguridad, y miran por ello a la Iglesia católica como el único medio de Salvación? Y además ¿no concurren acaso, con el mejor auspicio, juntamente con estas celebraciones centenarias, inseparables del espíritu de penitencia y de caridad, el permiso del Jubileo Romano extendido a todo el orbe?

4. **Los tiempos del Santo: Cruzadas y Herejías.** Es evidente, Venerables Hermanos, que los tiempos de FRANCISCO fueron difíciles y duros. Concedamos que la fe cristiana estaba entonces firmemente arraigada en el pueblo: lo cual demuestra el hecho de que no ya soldados asalariados, sino toda clase de ciudadanos marcharon a Palestina, con sagrado fervor, a liberar el sepulcro de Cristo. Sin embargo se introdujeron invisiblemente en el campo del Señor herejías y se extendieron propagadas por autores conocidos u ocultos propagandistas; los cuales aparentando austeridad de vida y disimulada manera de virtud y perfección, engañaron fácilmente a los hombres sencillos y débiles; de donde brotaron ciertas llamas de rebelión en el mismo pueblo. Puesto que, después de haber fustigado las faltas de los particulares en la Iglesia de Dios, se creyeron en su soberbia llamados por Dios a reformar

(1) León XIII, *Auspicato Concessum*, 17-IX-1882; ASS. 15 (1882-83) pág. 145; en esta Colección: Encíclica 39, pág. 284-290.

la Iglesia; pero poco después al rechazar la doctrina y la autoridad de la Sede Apostólica, apareció claramente cuáles eran las intenciones que los guiaba; pues es manifiesto que vinieron a parar en el desenfreno y lujuria, en la perturbación del mismo orden público, conculcando los fundamentos de la religión, de la autoridad, de la familia y de la sociedad. Sucedió, pues, lo que en muchas partes a través de los siglos, que las sediciones movidas contra la Iglesia y la sociedad civil se ayudasen una a otra creciendo simultáneamente.

Luchas políticas. Pero, aunque la fe católica permaneció incólume en los ánimos, o al menos no del todo obscurecida, al faltar el espíritu evangélico, la caridad de Cristo había disminuido de tal manera entre los hombres, que parecía como extinguida. Pues para no hablar de las luchas movidas unas veces con el imperio y otras con la Iglesia, las ciudades italianas se desgarraban con luchas intestinas, ya sea que unas querían obtener la libertad civil sacudiendo el dominio de otras, ya sea que las más fuertes quisieran subyugar a las más débiles, ya sea que las facciones de una misma ciudad luchasen entre sí por el poder; de donde por ambas partes se producían las matanzas tremendas, incendios, devastaciones y despojo de ciudades, destierro y confiscaciones de bienes.

Luchas sociales. Era injusta la situación de muchos, porque entre los señores y los siervos los que llamaban mayores y los menores, los dueños y los colonos, existía una condición de mayor desigualdad de lo que sufre la naturaleza humana, y los más débiles del pueblo eran saqueados y oprimidos impunemente por los más fuertes. Los que no pertenecían a la plebe, que vivía en la pobreza, llevados de un excesivo amor de sí mismos y de sus cosas, ardían en insaciables deseos de riqueza;
157 según las costumbres suntuosas de algunas partes ostentaban un desmedido aparato y jactancia en los vestidos, en la comida y en toda clase de comodidades; a la pobreza y a los pobres despreciaban, a los leprosos, que entonces abundaban, los aborrecían y los abandonaban en absoluta separación; y de ésta tan desmedida voluptuosidad, no estaban libres los que debían vivir como religiosos, aun cuando muchos del clero brillaban por la austeridad de sus costumbres. De donde nació la costumbre de que cada cual se procurase grandes ganancias de todas partes de donde pudiera; no sólo consiguiendo dinero por la fuerza o exigiendo un injusto interés, sino vendiendo los cargos públicos, los honores, la administración de la justicia, y la misma impunidad de los reos. De esta manera aumentaban enormemente muchos su patrimonio familiar.

Luchas con la Iglesia. La Iglesia no calló ni dejó de castigar los excesos; pero ¿qué provecho se podía seguir, cuando los mismos emperadores con público mal ejemplo provocaban los anatemas de la Sede Apostólica, y los despreciaban continuamente? Las instituciones monásticas, que habían dado frutos tan consoladores y maduros, no podían resistir y luchar porque el polvo mundano también las había afectado; y si por medio de nuevas órdenes religiosas de varones recibió la disciplina eclesiástica alguna ayuda y firmeza, sin embargo, era necesario reparar a la sociedad enferma con una mayor abundancia de luz y de caridad.

5. **Juventud de Francisco.** Así, pues, para iluminar a esta sociedad que hemos descrito, y para volverla a la norma incorrupta de la sabiduría evangélica, apareció FRANCISCO DE ASÍS por divina providencia, y brilló a manera de sol como canta el DANTE[1ª]; y es la misma la frase de TOMÁS DE CELANO, quien escribe: *"Brillaba como fúlgida estrella en la obscuridad de la noche y como la mañana que se extiende sobre las tinieblas"*[2].

Cuando joven, dotado de grande y vehemente ingenio, acostumbraba a llevar vestidos preciosos, delicados y alegres, a dar a sus compañeros opíparas

(1ª) Paraíso 11.

(2) Leg. 1, n. 37.

comidas y a recorrer la ciudad entre
158 cantos alegres, aun cuando era recomendado por la integridad de sus costumbres, la pureza de sus palabras, y el desprecio de las riquezas. Como después de la cautividad, de penurias y de las molestias de cierta enfermedad se sintiese interiormente cambiado en medio de su admiración, sin embargo para huir de las manos de Dios marchó a Apulia a fin de afrontar heroicas empresas. Pero en el camino fue avisado manifiestamente por Dios quien le mandó volver a Asís, donde se le enseñaría lo que tenía que hacer; después de muchas dudas lo entendió por divina inspiración y al escuchar durante la misa solemne aquel pasaje del Evangelio que se refiere a la misión de los apóstoles y su género de vida, que él debía vivir *"según la manera del Santo Evangelio"* y servir a Cristo.

6. **Su vocación, el Evangelio y la Regla.** Ya entonces, pues, comenzó a unirse muy estrechamente con Cristo y hacerse del todo semejante a él; y *"todo el empeño del siervo de Dios, tanto público como privado, miraba hacia la cruz del Señor; desde los primeros tiempos en que comenzó a militar para Cristo crucificado, brillaron a su alrededor los diversos misterios de la Cruz"*(3). Verdaderamente fue éste un buen soldado y caballero de Cristo por la nobleza y generosidad de su ánimo; quien para no discrepar en cosa alguna de su Señor, tanto él como sus discípulos, además de que solía leer y consultar en sus deliberaciones como un oráculo el texto evangélico, conformó totalmente la ley de las Ordenes que fundó con el mismo Evangelio, y la vida religiosa de los suyos con la vida apostólica. Por lo cual al comienzo de la regla escribió acertadamente: *"la regla y vida de los Hermanos Menores es ésta, guardar el Santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo..."*(4). Pero para entrar más adentro en el asunto veamos, Venerables Hermanos, con qué preclaro ejercicio de las más perfectas virtudes se preparó FRANCISCO para servir a los designios de la divina providencia, y cómo se hizo idóneo y ministro de la reforma de la sociedad.

7. **Su pobreza.** En qué fuego ardía de amor hacia la pobreza evangélica, si lo concebimos fácilmente, lo creemos sin embargo difícil de describir. Nadie ignora que él fue naturalmente inclinado a ayudar a los pobres, y, según el testimonio de SAN BUENAVENTURA, lleno de tanta dignidad, que *"no siendo* 159
ya oyente sordo del Evangelio" hizo el propósito de no negar limosna a ningún pobre, principalmente al que al pedírsela *"alegrase el amor divino"*(5); pero la gracia perfecionó con creces a la naturaleza. Así, pues, con impulso interior de Dios, a un pobre a quien antes había rechazado, movido luego de penitencia lo buscó y le ayudó lleno de piedad y generosidad a aliviar su pobreza; estando rodeado de jóvenes en cierta ocasión en que después de un alegre convite recorría cantando la ciudad, se detuvo repentinamente quedando enajenado su espíritu por una dulzura especial; y al preguntarle los compañeros, cuando volvió en sí, si estaba pensando en su esposa, les respondió en seguida con gran ardor que ellos hablaban muy acertadamente, puesto que se proponía tomar una esposa, noble, rica y hermosa como ninguna: con aquellas palabras entendía él la pobreza y la religión fundada principalmente en el culto de la pobreza. Pues aprendió de Cristo Nuestro Señor, quien *se hizo pobre por nosotros siendo rico,* para que con su pobreza fueramos ricos nosotros(6), aquella sabiduría divina que ningún sofisma de humana sabiduría podrá borrar, que ella sola puede restaurar con una santa novedad todas las cosas. Había enseñado Jesús: *Bienaventurados los pobres de espíritu*(7); *si quieres ser perfecto anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; ven y sígueme*(8); esa pobreza, que, como consistente en aquella voluntaria y decidida renuncia

(3) Th. a Cel., *Tract. de mirac.*, n. 2.
(4) Reg. Fr. Minorum, initio.
(5) Leg. mai., c. 1, n. 1.
(6) II Cor. 8, 9.
(7) Mat. 5, 3.
(8) Mat. 19, 21.

de todas las cosas, que se hace por inspiración del Espíritu Santo, es del todo contraria a aquella obligada y llena de tentación de ciertos antiguos filósofos. De tal manera la abrazó nuestro FRANCISCO, que con toda reverencia y amor la llamaba Señora, Madre y Esposa. Dice a Nuestro propósito SAN BUENAVENTURA: *"Nadie estaba tan deseoso de oro como él de la pobreza; ni nadie cuida un tesoro con mayor solicitud que éste el de esa margarita evangélica"*(9). Pero el mismo FRANCISCO, al recomendar y ordenar en la ley propia de la Orden a los suyos un especial ejercicio de esta virtud, muestra ciertamente con palabras claras en cuanto la tenía y cuánto la amaba: *"ésta es aquella cumbre altísima de la pobreza, que a Vosotros, carísimos Hermanos míos, os constituyó herederos y reyes del reino de los cielos, os hizo pobres de las cosas, pero os sublimó por las virtudes. Esta sea vuestra parte; uniéndoos totalmente a ella, no queráis tener ninguna otra cosa bajo el cielo perpetuamente por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo"*(10); y por eso FRANCISCO amó principalmente la pobreza, porque la consideró pariente de la Madre de Dios, y no tanto pariente de Cristo cuanto su esposa unida en la cruz, y después despreciada por los hombres y muy amarga e infortunada para el mundo. Cuando él pensaba estas cosas, solía llorar y dar grandes gemidos de una manera que causaba admiración. ¿Quién no se conmueve con el espectáculo de este hombre insigne, que por su amor a la pobreza pareció a los ojos de sus antiguos compañeros de diversiones y de no pocos otros, haber perdido el juicio? ¿Quién no se conmueve al ver que después, aun a aquellos que viven enteramente ajenos de la inteligencia y la práctica de la perfección evangélica, los ha llenado de admiración creciente un tan grande amador de la pobreza, y que admira a los hombres de nuestro tiempo? A todos ellos precedió DANTE(11) en su canto de los desposorios realizados entre FRANCISCO y la pobreza, donde no sabe uno qué admirar más, si la grandiosidad y elevación del pensamiento o la suavidad y hermosura del verso.

160

8. **Su pobreza de Espíritu y la Humildad.** Ahora bien, el ansia generosa y la noción altísima que FRANCISCO tenía en su mente y en su ánimo de la pobreza, no podía limitarse y circunscribirse solamente al desprecio soberano de los bienes exteriores. Porque ¿quién puede alcanzar y profesar la verdadera pobreza a ejemplo de Cristo Nuestro Señor, si no se hace pobre de espíritu y pequeño por la virtud de la humildad? Lo cual, como conocía muy bien nuestro FRANCISCO, sin separar nunca una virtud de la otra, las saluda a ambas juntamente y manda saludarlas: *Señora santa pobreza, Dios te salve en tu santa hermana la humildad... La santa pobreza confunde toda avidez, avaricia y cuidados de este mundo. La santa humildad confunde la soberbia y todos los honores de este mundo y todas las cosas que están en el mundo"*(12); para pintar a FRANCISCO con una sola palabra el autor del libro *La Imitación de Cristo* lo llama humilde. *"Cuanto es cada uno en tus ojos (oh Dios) tanto es y no más, dice el humilde San Francisco"*(13). El tuvo ciertamente como principal cuidado conducirse humildemente como el más pequeño y el último de todos. Así, pues, desde el comienzo de su conversión deseó vehementemente servir de escarnio y de risa a los hombres; aunque era Fundador, Padre y Legislador de los Menores, eligióse uno de los suyos como su superior y señor, de cuya voluntad dependiera; apenas pudo, sin dejarse vencer por los ruegos y lágrimas de los suyos, dejó el supremo gobierno de la Orden *"para guardar mejor la virtud de la santa humildad"* y permanecer *"desde entonces súbdito hasta la muerte, portándose más humildemente que ningún otro"*(14); renunció y rechazó un hospedaje generoso y magnífico que le ofrecieron frecuentemente los carde-

161

(9) Leg. mai., c. 7.
(10) Reg. Fr. Min., c. 6.
(11) Paraíso 11.
(12) Opusc. *Salutatio virtutum* (Ed. 1904), pág. 20 et seq.
(13) L. III, c. 50.

nales y los principales de la ciudad; a los demás hombres los estimaba sobremanera y los honraba totalmente, hecho *"entre los pecadores como uno de ellos"*. El se tenía por el más grande pecador y solía decir que si Dios hubiera tenido con cualquier hombre criminal la misma misericordia que con él, hubiera sido diez veces más perfecto éste que él, y que por lo demás había que atribuirlo a Dios todo porque de El sólo había salido, cuanto en sí hubiera de bueno y de honesto. Por este motivo tuvo el mayor empeño en ocultar los privilegios y carismas que podían atraerle la estima y alabanza de los hombres, y principalmente las llagas de Jesucristo impresas por Dios en su cuerpo; y si alguna vez era alabado en público o en privado, se creía tan digno de desprecio y de injurias que se angustiaba con increíble tristeza, no sin gemidos y lamentos. Y ¿qué diremos al ver que se tuvo por tan indigno, que no quiso recibir el sacerdocio? Quiso pues que en éste como fundamento de la humildad se apoyara la Orden de los Menores. Y si con exhortaciones llenas de admirable sabiduría enseñaba repetidas veces a los suyos por qué no era lícito gloriarse de cosa alguna, ni aun de las virtudes y otras gracias celestiales, principalmente, sin embargo, avisaba y oportu-
162 namente reprendía a aquellos Hermanos que por sus oficios tenían peligro de vanagloria y soberbia, como los predicadores de la palabra de Dios, los sabios en letras y artes superiores, los guardianes de los conventos y de las provincias. Será largo decirlo todo, pero baste recordar ésto sólo: La humildad de FRANCISCO nacida de los ejemplos y de las palabras de Cristo[15] pasó a los suyos como una nota peculiar de la Orden; pues quiso que sus hermanos *"se llamaran Menores, y que los prelados de su Orden se llamaran Ministros, ya para usar las palabras del Evangelio, que había prometido cumplir, ya para que por el mismo nombre aprendiesen sus discípulos que habían venido a las escuelas del humilde Cristo para aprender la humildad"*[16].

9. **Su Obediencia.** Hemos visto al Varón Seráfico, por la misma noción que en su mente tenía de la pobreza más absoluta, tenerse por tan pequeño y humilde que, aún cuando gobernaba la Orden, a no pocos, más aún, por así decirlo, a casi todos, con cándida simplicidad obedecía; pues, el que no se niega a sí mismo ni abandona su propia voluntad, este tal no puede decirse que se halla despojado de todas las cosas o que siente humildad de espíritu. Así, pues, nuestro FRANCISCO, consagró voluntariamente toda su libertad, al don más eximio que Dios ha concedido a la naturaleza humana, al Pontificado del Vicario de Jesucristo, por medio del voto de obediencia. ¡Oh! qué mal proceden, cuán lejos están de conocer a FRANCISCO DE ASÍS, los que, dejándose llevar de sus ficciones y errores, fabrican e inventan un FRANCISCO que —lo que parece increíble— no se ajusta a la disciplina eclesiástica, nada se cuida de las doctrinas mismas de la fe, y es un precursor y anticipo de aquella múltiple y mentida libertad que comenzó a divulgarse en los comienzos de la edad moderna, de donde tan grandes perturbaciones se originaron para la Iglesia y para la Sociedad. Y con cuán preclaros ejemplos estuviera estrechamente unido a la jerarquía eclesiástica, a esta Santa Sede y a la doctrina de Cristo, enseñólo el predicador del gran Rey a todos los católicos y no católicos. Pues como consta por los testimonios literarios de aquel tiempo, dignos de toda fe, *"veneraba a los sacerdotes y a todos los grados eclesiásticos los abrazaba en un* 163
gran afecto"[17]; *"Esto enseñó aquel varón católico y totalmente apostólico en su predicación principalmente, que se guardase inviolablemente la fidelidad a la Iglesia Romana y que por la dignidad del Sacramento del Señor, que se obra por el misterio de los Sacerdotes, se tuviesen en gran reverencia el*

(14) Th. a Cel. Leg. 2, n. 143.
(15) Mat. 20, 26-28; Luc. 22, 26.
(16) S. Bonav. Leg. mai., c. 6, n. 5.
(17) Th. a Cel., Leg. 1, n. 62.

ministerio sacerdotal. También enseñaba que debían ser reverenciados los doctores de la Ley Divina y todos los Ordenes Eclesiásticos"(18). Y lo que enseñaba al pueblo desde el púlpito lo inculcaba a sus Hermanos con mucha mayor vehemencia; a los cuales avisaba con frecuencia, —y en aquel su Testamento y al morir se lo recomendó— una y otra vez que obedecieran con modestia a los prelados y clérigos en el ejercicio del sagrado ministerio, y que se comportasen con ellos como hijos de la paz. Y, lo que en esto es principal, apenas el Seráfico Patriarca fundó y escribió la ley de su propia Orden, no dejó pasar tiempo alguno sin someterla a la aprobación de INOCENCIO III, presentándose él, con sus primeros once discípulos. Y el Pontífice de inmortal memoria, gratamente impresionado por las palabras y la presencia del pobrísimo y humildísimo varón, e inspirado por el divino espíritu, habiendo abrazado con todo amor a FRANCISCO, sancionó después con su autoridad apostólica la ley que se le había presentado, y dio permiso a los nuevos operarios para predicar la penitencia; a esta regla, algo cambiada, HONORIO III le añadió la fuerza de su confirmación a pedido de FRANCISCO, como lo dice la historia. La regla y la vida de los Hermanos Menores quiere el Seráfico Padre que sea tal, que ellos observen *"el santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo", "viviendo en obediencia, en pobreza y castidad"*, no según su arbitrio y su interpretación, sino según la voluntad de los Pontífices Romanos que fueran canónicamente elegidos. Y todos los que deseen *"recibir esta vida sean examinados por los Ministros sobre la fe católica y los sacramentos eclesiásticos, y si creen todas estas cosas y quieren confesarlas fielmente, y guardarlas firmemente hasta el fin"*; los que han sido recibidos en la Orden no deben separarse de ella, *"según el mandato del Papa, Nuestro Señor"*. A los clérigos se les prescribe que cumplan con los divinos oficios *"según el Orden*
164 *de la Santa Iglesia Romana"*. A los Hermanos en general, que no prediquen en el territorio de algún Obispo sin permiso, y que no entren en los conventos de religiosas por causa de su ministerio, sin especial permiso de la Santa Sede. Y no respira menos reverencia y obediencia a la Sede Apostólica lo que dice FRANCISCO sobre el pedir un Cardenal protector: *"mando por obediencia a los Ministros, que pidan al Papa, Nuestro Señor uno de los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, que sea el rector, protector y corrector de esta Fraternidad; a fin de que siempre observemos el Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, que firmemente hemos prometido, como súbditos y sujetos a los pies de la Santa Romana Iglesia, estables en la fe católica"*(19).

10. **Su Castidad.** No podemos olvidarnos de aquella virtud que el Seráfico Varón *"amaba principalmente como la hermosura y limpieza de la honestidad"*, es decir, de aquella castidad del espíritu y del cuerpo, que con una acerbísima aflicción de sí mismo custodiaba y guardaba. Ya hemos visto cómo en su juventud, aún cuando se portaba con alegría y elegancia, siempre estuvo lejos de cualquier torpeza, aún en las palabras. Pero en cuanto desechó los vanos deleites del siglo, ya entonces comenzó a vigilar sus sentidos estrictamente, y si alguna vez le acaeció ser agitado o impulsado por movimientos voluptuosos, o bien se echó a dar vueltas entre espinos, o bien en pleno invierno no dudó en sumergirse en frigidísimas aguas. Es por lo demás bien sabido que FRANCISCO, que tenía empeño en hacer volver a los hombres a la vida evangélica, solía exhortar a todos *"para que amasen y temiesen a Dios e hiciesen penitencia de los pecados"*(20), y con su ejemplo fue para todos un incitamento y ejemplo de penitencia. Pues solía llevar un cilicio, vestirse con una túnica áspera y pobre, caminar con los pies desnudos, dormir teniendo como almohada una piedra o una madera, alimentarse solamente lo

(18) Julian. a Spira, Vita S. Fr., n. 28
(19) Reg. Fr. Minor., passim
(20) Leg. Trium Sociorum, n. 33 et seqq.

suficiente para mantener la vida, y mezclando en la comida agua con ceniza para que tuviera mal sabor; más aún, la mayor parte del año la pasaba casi en ayunas. Trataba su cuerpo, al que comparaba a un jumento de carga, con aspereza y dureza, tanto si tenía buena como mala salud, y doblemente
165 lo castigaba si la naturaleza se resistía. En los últimos años de su vida, cuando del todo semejante a Cristo estaba como clavado en la Cruz por las llagas y lo atormentaban multitud de enfermedades, no quiso tampoco conceder a su cuerpo nada de solaz y descanso. Y no tuvo menos cuidado de que los suyos se acostumbrasen a la austeridad y penitencia, aun cuando —y esto es lo único en que *"la mano no fue a la par con la lengua en el Padre Santísimo"*[21]— al ordenarlas les avisó que se guardaran de una exagerada abstinencia y castigos corporales.

11. **La Caridad, fuente de sus virtudes.** Todas estas cosas procedían de una y la misma fuente de caridad divina y de un mismo origen, lo que todos tienen por manifiesto. Puesto que, como escribe TOMÁS DE CELANO[22], *encendido en el amor divino tenía siempre el empeño de acometer las fuertes empresas, y caminando con anchura de corazón por el camino de los mandamientos de Dios, deseaba llegar a la suma de la perfección,* y, según BUENAVENTURA[23], *todo parecía absorbido como un carbón encendido por la llama del amor divino; no faltaban los que derramasen lágrimas cuando lo veían haber venido tan presto a tanta embriaguez del amor divino*[24]. Pero esta caridad de tal manera redundó en los prójimos, que a los hombres pobres y entre ellos los desgraciados leprosos, de los que antes siendo joven había sentido natural repugnancia, venciéndose a sí mismo los abrazó con especial benignidad y se consagró totalmente a su servicio y curación. Quiso que sus hijos se amasen con no menor caridad; por lo cual la familia franciscana *surgió con la estructura noble de la caridad, en la cual las piedras reunidas de todas las partes del mundo han sido puestas formando la habitación del Espíritu Santo*[25].

Hemos querido, Venerables Hermanos, detenernos un tanto en esta como contemplación de las altísimas virtudes, porque, en estos tiempos, muchos, a los que ha alcanzado la peste del *laicismo,* acostumbran a despojar a nuestro héroe de la auténtica luz y gloria de la santidad, para presentarlo so- 166
lamente y enaltecerlo como lleno de méritos respecto del progreso de las ciencias y artes superiores, de las instituciones de beneficencia, de su patria, y de la humanidad en general, rebajándolo a una cierta excelencia natural y a cierta profesión de una vacía religiosidad.

Y no dejamos de admirarnos por qué había de ser la admiración de sus modernos devotos aquello que justamente de SAN FRANCISCO —a quien se ha llamado defectuoso y hasta fingido—, desdeñan cuantos buscan la riqueza y magnificencia, cuantos celebran los paseos de las ciudades, el baile, los espectáculos de la gente del mundo, cuantos se revuelcan en el fango de las pasiones, o ignoran la disciplina de Cristo y de la Iglesia.

Aquí cuadra a maravillas aquello de que: *a quien es grato el mérito de algún santo, debe serle asimismo grato el seguirle en el culto de Dios. Porque o bien debe imitarle si le alaba, o bien no alabarle si rehusa imitarle; y quien admira los méritos de los santos, se vuelve admirable él mismo por la santidad de su vida*[26].

12. **El Santo y la reforma de las costumbres. Sus frutos.** Así, fortalecido por las virtudes, para enmendación y salud de sus hermanos, FRANCISCO con feliz auspicio es llamado defensor de la Iglesia.

Junto al templo de Damián donde acostumbraba orar entre suspiros y gemidos, había oído por tres veces una

(21) Th. a Cel., Leg., 2, n. 129.
(22) Leg. 1, n. 55.
(23) Leg. mai., c. 9, n. 1.
(24) Leg. Trium Sociorum, n. 21.
(25) Th. a Cel., Leg. 1, n. 38 et seqq.
(26) Brev. Rom. d. 7 Nov.: lect. IV.
(27) S. Bonav., Leg. mai., c. 2.

voz celestial que le decía: *Francisco, vé y repara mi derruida morada*[27].

Como no hubiese entendido el oculto significado de la visión, puesto que era de ánimo humilde y se juzgaba poco capaz para cualquier gran empresa, INOCENCIO III en su interpretación vio más claramente la recomendación tan conmovedora del Señor a través de la celestial visión de FRANCISCO, que sostendría con sus espaldas el tambaleante templo de Letrán. El Seráfico Varón, una vez fundadas las Ordenes, una para hombres y otra para mujeres, para llevarlos por el camino de la perfección evangélica, recorre con rapidez las ciudades de Italia, y con palabra breve pero fervidísima comienza, por sí mismo y por los discípulos que antes había elegido, a anunciar y predicar penitencia a los pueblos: en este ministerio obtuvo increíbles resultados, ya por la palabra, ya por el ejemplo.

FRANCISCO consentía que, por cualquier parte en que con motivo de su apostólica misión peregrinaba, el clero
167 y el pueblo le saliera al encuentro, agitando ramos de olivo —pompa que se realizaba entre el repiquetear de las campanas y entre cantos populares; que fueran, le acompañaran, le rodearan de día y noche; se dejaba mirar, tocar, hablar y escuchar como si estuviera por alejarse de ellos.

Nadie resistía a su palabra, ni aquellos que estaban arraigados en el vicio y la maldad.

13. **El Santo, las vocaciones y la paz entre los individuos.** Y así sucedió que muchos, de edad madura, en multitudes, renunciaran a todos sus bienes terrenos por seguir la vida evangélica, y que los pueblos de Italia comenzaran a llevar una vida virtuosa y se entregaran a FRANCISCO para seguirle en la disciplina; y aumentada así inmensamente su familia, tanto se excitó por todas partes el ardor de los ánimos por seguirle, que el mismo Seráfico Patriarca se vio obligado muchas veces a rechazar y hacer desistir a hombres y mujeres que estaban por alejarse del matrimonio y de la vida familiar, con el propósito de renunciar al mundo.

Mientras tanto habíase considerado por estos nuevos predicadores de la penitencia principalmente el restablecimiento de la paz entre los particulares, las familias, los pueblos y regiones afligidas y ensangrentadas por las continuas discordias. Y si se ha servido con eficacia a la plena concordia de los ánimos en Asís, en Arezo, en Bolonia y en otros muchos pueblos y ciudades, llegándose a la concertación de solemnes pactos, eso hay que atribuirlo a la elocuencia sobrehumana de aquellos rudos hombres.

14. **La Tercera Orden.** A la pacificación y reforma general, empero, contribuye en alto grado la Orden Tercera, la primera Orden religiosa que no obligaba a los votos, cuyo objeto era dar oportunidad a todos los hombres y mujeres del mundo de cumplir la ley divina y de alcanzar la perfección cristiana. Estos fueron los principales puntos del Reglamento que se estableció para la nueva comunidad: Que no fuesen admitidos sino aquellos que estuvieran dentro de la fe católica y con suma reverencia obedecieran a la Iglesia. Se establecía el modo como los socios de ambos sexos ingresarían en la Orden, y, después del año de noviciado, prometerían fidelidad a la Regla, el hombre y la mujer, previo consentimiento del esposo. Se reglamentaban los hábitos concordantes con la honestidad y la pobreza, y la moderación de los adornos femeninos.

Se prohibía a los Terciarios la asistencia a banquetes y fiestas mundanas, o a bailes. Se establecía el ayuno y la abstinencia; la expiación de las culpas tres veces al año, y otras tantas, recibir la sagrada Comunión, habiéndose re- 168
conciliado entre sí y devuelto a su dueño lo que hubiere sido mal adquirido.

Los Terciarios no llevarían armas a no ser para defender la Iglesia romana. la fe cristiana y la patria de cada uno, o bien con el consentimiento de los superiores. Reglamentaba el rezo de las horas canónicas y de otras preces.

El testamento debía estar hecho y legitimado a los tres meses de haber ingresado en la Orden. Turbada la paz,

debía restablecerse prontamente entre los miembros de la Orden y con los extraños. Establecía lo que debía hacerse cuando se presentaba la contigencia de ser combatidos o violados sus derechos y privilegios. No les era lícito prestar solemne juramento, a no ser que obligara una inminente necesidad, que la Apostólica Sede habría reconocido.

A éstos añadíanse otros preceptos de menor importancia: la obligación de escuchar la Santa Misa; las periódicas reuniones en los tiempos fijados; contribuir cada uno con el óbolo, según sus recursos, para el mantenimiento de los pobres y de los enfermos en especial, y para las exequias de los socios. Se establecía cómo debía visitarse a los enfermos, o corregirse y enmendar a los pecadores y contumaces. No se podía rehusar las obligaciones y oficios encomendados, ni bien ser negligente en su cumplimiento. Se trataba el modo de resolver los conflictos.

15. **Fundamento de una nueva sociedad.** Nos hemos detenido en detallar cada cosa para que se vea cómo FRANCISCO con su vigoroso apostolado y el de los suyos y con su Orden Tercera, echó los fundamentos de una sociedad nueva, o sea, enteramente conformada según la vida evangélica.

Dejemos, aunque sea importante, lo que en este Reglamento se refiere a la liturgia y al cuidado espiritual del alma. Por las demás prescripciones aparece a la vista de todos que echó las raíces para la organización de la vida privada y común que no sólo haría de la vida en sociedad una especie de alianza paternal, fundada en el cumplimiento fiel de los cargos, sino que también defendería el derecho de los pobres y débiles contra los ricos y poderosos, sin ofender empero en lo más mínimo el orden y la justicia.

Después que los Terciarios fueron asociados al Clero, se auspició y obtuvo que los nuevos socios alcanzasen los mismos privilegios e inmunidades de que éste gozaba. Y así ya entonces los Terciarios ni prestaron el solemne juramento del llamado vasallaje; ni al ser 169
convocados a integrar la milicia de la guerra tomaron las armas, oponiendo en su provecho la ley de la Orden Tercera a la anterior ley llamada feudal, la deseada libertad a la antedicha condición servil. Molestados empero por aquellos a quienes convenía que éstos fuesen revocados y restituidos a su antigua condición, recurrieron a sus patronos y defensores, HONORIO III y GREGORIO IX, quienes usando de graves penas terminaron con estos inamistosos intentos.

Con lo cual se acrecentó en la sociedad humana la tan saludable reforma de costumbres, se propagó y extendió por las naciones cristianas la nueva institución de FRANCISCO, el Padre fundador, excitándose a la pureza de costumbres con la práctica de la penitencia.

Y no sólo los Pontífices, Cardenales y Obispos, sino también los mismos reyes y príncipes, algunos de los cuales florecieron en santidad de vida, tomaron con el espíritu inflamado las insignias de la Orden Tercera, y bebieron la evangélica sabiduría con espíritu franciscano; el honor y la alabanza de las santas virtudes revivió en la ciudad, en una palabra, *se renovó la faz de la tierra*[28].

16. **El Santo y las Misiones.** Así como FRANCISCO, *varón católico e íntegramente apostólico,* cuidó admirablemente de la enmendación de los fieles, así también cuidó de los paganos para llevarlos a la fe y ley de Cristo, ocupándose él mismo en ello y ordenando a los suyos suma diligencia en esta labor. No tenemos en realidad por qué recordar cosas tan conocidas, como es su travesía con algunos discípulos hasta Egipto, donde con valor y audacia se presentó ante el Sultán, tanto era su deseo de propagar el Evangelio y sufrir el martirio.

Cuantos misioneros se hayan inmolado desde el nacimiento de esta Orden de Menores, ya en Siria o en Maurita-

(28) Ps. 103, 30.

nia ¿no están inscritos acaso con letras de oro en los fastos de la Iglesia?

Este apostolado de la floreciente familia de FRANCISCO creció en tal forma con el correr de los años y con el derramamiento de sangre, que con la aquiescencia de los Pontífices de Roma tienen a su cargo el cuidado de las almas en numerosas tierras de paganos.

17. **Su vida y ejemplo aún permanecen.** Nadie se admire pues de que, transcurrido este lapso de 700 años, no se haya podido destruir o borrar en ningún lugar o tiempo el recuerdo de tantos beneficios hechos por un hombre. Y más, su vida y obra, que —como escribió DANTE ALIGHIERI— merece ser cantada con elogio divino más bien que humano, parece que una edad las propone y encomienda a la admiración y veneración de otra edad, de modo que no sólo por su insigne san-
170 tidad es puesto a la luz del orbe católico, sino que también resplandece por su culto y gloria popular, al recorrer en boca de todas las gentes el nombre de Asís.

Y así, al poco tiempo de su muerte, en diversas partes por obra de los pueblos se erigieron, en honor del Seráfico Padre, templos sagrados, admirables por las líneas y adornos de su construcción. Los más eminentes artistas rivalizaban quién de ellos haría la más hermosa y expresiva imagen de FRANCISCO o de sus hechos, tanto en pintura y escultura, como en las obras de tallado y de taracea.

A la Iglesia de Santa María de los Angeles, en la planicie aquella desde donde FRANCISCO *pobre y humilde, aunque rico en tesoros celestiales* subió a los cielos; lo mismo que al glorioso Sepulcro, en la colina de Asís, acuden y se reúnen peregrinos de todas partes, ya solitarios, ya en grupos, con el propósito ya sea de rendir honor a la memoria de tan gran varón y recibir beneficios espirituales, ya de admirar las imperecederas obras de arte.

18. **Los escritos de San Francisco.** Al Santo de Asís cantó además, como ya hemos dicho, el poeta por excelencia, DANTE ALIGHIERI; y no faltaron después quienes ensalzaron al Santo, honrando las letras italianas o extranjeras.

Pero en nuestros tiempos, al investigarse más detenidamente por los eruditos los documentos franciscanos, al publicarse numerosísimos escritos en distintos idiomas y al excitarse el ingenio de los entendidos que se han interesado en sus obras y en su alto valor, una enorme, si bien no siempre recta admiración por FRANCISCO, se apoderó de nuestros contemporáneos.

Unos examinaron al hombre que, por una innata claridad mental, es maestro en expresar poéticamente las emociones del espíritu; y que, con aquel su Cántico, antiquísimo modelo de la naciente lengua nacional, recrea a nuestros estudiosos.

Otros admiran al amante de la naturaleza, que no sólo se conmueve ante la majestad de las cosas inanimadas, ante el fulgor de los astros, la belleza de los montes y valles de Umbría, y la hermosura de los animales, sino que, como el inocente ADÁN en medio del Paraíso terrenal, les habla a los animales y los tiene sujetos a sus manda-
una íntima hermandad.
tos, como si estuviera unido a ellos por

Otros han ensalzado su amor por la patria, porque enriqueció más que a otra nación alguna a nuestra Italia, honrada por su nacimiento, con toda suerte de beneficios.

Otros, en fin, lo han mostrado unido a todos los hombres en la admirable comunión de su gran amor.

19. **El Santo integral: Universalidad de heroicas virtudes.** Todo esto es verdadero, pero secundario y que debe
ser bien entendido: cuando alguien po- 171
ne con un interés especial ante los ojos una cosa, o la deforma para excusa de su molicie o para ocultar sus opiniones o justificar sus inclinaciones, al hacer esto deforma la verdadera personalidad de FRANCISCO.

Pues el FRANCISCO integral, que el pueblo cristiano más debe imitar que admirar, está en aquella universalidad de heroicas virtudes que hemos tocado

y de que volveremos a ocuparnos, está en aquella austeridad de vida y en su predicación a penitencia; en aquella acción múltiple y sacrificada en la reforma de la sociedad.

El que fue Pregonero de tan Gran Rey, quiere a los hombres conformes con la vida evangélica y con el amor a la Cruz, pero no sólo amantes y enamorados de las flores, las aves, los corderos, los peces, y las liebres.

Y si él mismo pareció dejarse llevar por un más tierno amor hacia las creaturas y *si bien pequeñas* las llamaba *con el nombre de hermano y hermana,* —este amor siempre que no exceda los límites, por ninguna ley es reprobado— era movido a amarlas tan sólo por el amor de Dios, porque *sabía... que un solo principio encierra todas las cosas*(29), y porque veía en ellas la bondad de Dios. Puesto que *por los vestigios impresos en las cosas se llega al amado, y de todas las cosas se hace la escala por donde se asciende al trono del Rey*(30).

20. **San Francisco, luz de su Patria.** Por lo demás ¿qué puede prohibir a los Italianos que se gloríen de este santo italiano, llamado en la misma liturgia eclesiástica con el nombre de *luz de la Patria?*(31), ¿qué impide a los varones estudiosos que hablen del amor de FRANCISCO por los hombres todos, pero por los pobres de un modo especial?

Los unos, empero, eviten presentarlo como signo e índice de esta pasión, a través de la cual miran a su patria, dejándose arrebatar por el amor inmoderado a sus pueblos; con lo cual amenguarían su condición de *varón católico.*

Los otros, cuiden de levantarlo como precursor y patrono de errores, de los cuales estuvo tan lejos como el que más.

Todos los que, no sin piedad alguna, se placen en estas alabanzas accidentales en el Santo de Asís, y trabajan por preparar en su honor el solemne centenario, quiera Dios que, así como son dignos de reconocimiento, así 172
con motivo de este fausto suceso hallen en él un gran estímulo para observar más diligentemente la imagen verdadera de este imitador máximo de Cristo, y para emular con él en sus mayores gracias.

21. **Las solemnidades a celebrarse.** He aquí, Venerables Hermanos, la causa de Nuestra alegría, que reside en el hecho de que con el consentimiento unánime de todos los buenos se están preparando solemnidades sagradas y profanas para recordar a este Santo Patriarca en el séptimo centenario de su muerte; solemnidades que se preparan en todo el mundo, y de un modo especial en estas regiones, que en vida honrara con su presencia, con la luz de su santidad y la gloria de sus milagros. Y observamos con mayor alegría que en esto vosotros precedéis a vuestro clero y a vuestra grey.

Sabemos, lo vemos puede decirse con Nuestros ojos, que ya ahora grandes multitudes de peregrinos para honrarle se llegan hasta Asís y hasta los Santuarios próximos, a través de los verdes paisajes de Umbría, o de los escarpados montes de Alvernia, o por las sagradas colinas que llevan a Rieti. Después de la visita a estos lugares, en que todavía parece respirarse el espíritu de FRANCISCO y sus virtudes para que las imitemos, es imposible que regresen a sus hogares sin estar más compenetrados del espíritu franciscano.

Pues —para usar las palabras de LEÓN XIII— *acerca de los honores que en San Francisco se acumulan, hay que establecer que serán gratos a aquel a quien van ofrecidos siempre que sean fructuosos a aquellos que los ofrecen. En esto está el fruto sólido y duradero: en que los hombres admiren la excelencia de su virtud, y saquen además algún ejemplo y se preocupen con su imitación por hacerse mejores*(32).

22. **San Francisco, modelo para la reforma de los hombres y de la socie-**

(29) S. Bonav., Leg. mai., c. 8, n. 6.
(30) Th. a Cel., Leg. 2, n. 165.
(31) Brev. Fr. Minorum.

(32) León XIII, Encícl. *Auspicato,* 17-IX-1882. ASS. 15 (1882-83) 145. En esta Colección: Encíclica 39, 1-2, pág. 284.

dad. Quizás diga alguien que hoy necesitamos en este mundo otro FRANCISCO para reformar la sociedad cristiana. Sin embargo, tomen los hombres, renovados interiormente, a aquel FRANCISCO como maestro de piedad y santidad; imiten esos hombres los ejemplos que el Santo ha dejado, como *espejo de virtudes, camino de rectitud, y regla de costumbres*[33] que ha sido; y atraigan hacia sí a todos; todo esto ¿no sería fuerza suficiente y eficaz para sanar y cortar la corrupción de estos tiempos?

23. Exhortación a la Orden Primera.
173 Es necesario pues que en primer lugar lleven ante sí la insigne imagen del Padre Fundador sus numerosísimos hijos de las tres Ordenes: Ordenes, *instituidas... por todo el orbe* —como escribía GREGORIO IX a SANTA INÉS, hija del Rey de Bohemia— por las cuales *cada día se hace más poderoso y más glorioso*[34].

Y al felicitar vivamente a los religiosos de la Orden Primera, que denominamos con el nombre de Franciscanos, porque a través de indignas vejaciones y contratiempos, como el oro sólido del crisol, renacen cada día más a su antiguo esplendor, deseamos en el alma que con el ejemplo de su penitencia y humildad reclamen con más vehemencia contra la tan difundida concupiscencia de la carne y contra la soberbia de la vida.

Atraigan siempre al prójimo hacia los preceptos evangélicos, lo cual lo obtendrán menos difícilmente si guardaren hasta la perfección aquella Santa Regla, que su Fundador llamaba *libro de vida, esperanza de salud, médula del Evangelio, camino de perfección, llave del Paraíso, pacto de eterna alianza*[35].

No deja nunca el Seráfico Patriarca de cuidar y favorecer desde el cielo la mística viña, que él mismo plantara con sus manos. Que con la savia y jugo de la caridad fraterna nutra y fortalezca sus tupidos sarmientos, de manera que hechos todos *un solo corazón y una sola alma*[36], se apliquen con diligencia a la renovación de la familia de Cristo.

24. Exhortación a la Segunda Orden. Y las vírgenes sagradas de la Orden Segunda, *partícipes de la vida angelical esclarecida por Clara,* como lirios plantados en el huerto del Señor, continúen agradando a Dios con el perfume y el níveo candor de sus almas, por cuyas oraciones sucede que muchos se acogen a la clemencia de Cristo Señor, y se acrecientan las alegrías de la Madre Iglesia por los hijos restituidos a la divina gracia y a la esperanza de eterna salvación.

25. Exhortación a la Tercera Orden. Y finalmente apelamos a los Terciarios, que conviven agrupados o dispersos en el mundo, a fin de que se afanen en apresurar el acrecentamiento de la vida espiritual del pueblo cristiano. Este apostolado, si una vez hizo que GREGORIO IX los llamara dignamente soldados de Cristo y nuevos Macabeos, puede hoy muy bien ser de igual importancia para la salvación de todos, siempre que los mismos, así como crecieron en número por todo el globo terrestre, también, revestidos con el espíritu de su Padre FRANCISCO, pongan por sobre todo la inocencia e integridad de costumbres. 174

26. Los Obispos y la difusión de la Tercera Orden. Lo que Nuestros Predecesores[37] LEÓN XIII por su *Carta "Auspicato"*, y BENEDICTO XV en su *"Sacra propediem"* han manifestado a todos los Obispos del mundo católico serles sumamente grato, esto mismo Nos prometemos del pastoral cuidado de todos vosotros, Venerables Hermanos; que favoreceréis de cualquier modo que sea a la Orden Tercera de SAN FRANCISCO, enseñando a vuestra grey —ya por vosotros mismos, ya por medio de sacerdotes cultos y dignos en el

(33) Brev. Fr. Minorum.
(34) Ep. De conditorio omnium, 9 Maii 1238.
(35) Th. a Cel., Leg. 2, 208.
(36) Act. 4, 32.

(37) León XIII, Encíclica *Auspicato*, 17-IX-1882; ASS. 15 (1882-83) 145; en esta Colecc. Enc. 39, pág. 284-290 y Benedicto XV, Enc. *Sacra propediem* 6-I-1921; AAS. 13 (1921) 33-41; en esta Colección: Encíclica 123, págs. 972-977.

ministerio de la palabra—, cuál es el objeto de esta Orden de hombres y mujeres seglares, cuánto debe ser estima da, y cuán abierto está el camino para el ingreso a esta Orden, y cuán fácil es la observancia de sus santas leyes, de qué gran abundancia de privilegios gozan estos Terciarios, de cuán gran utilidad es en fin para cada uno de los miembros de la comunidad de la Orden Tercera.

Los que no hayan dado aún sus nombres a esta preclara milicia, persuadidlos vosotros a que este año los den. Aquellos, a quienes por su edad aún no les es lícito, incríbanse como futuros candidatos, o bien váyanse acostumbrando desde niños a esta santa disciplina.

27. **Salutación final.** Puesto que con estos acontecimientos tan frecuentemente provechosos, que se preparan para su celebración, Dios parece querer que Nuestro Pontificado no pase sin haber otorgado al catolicismo frutos gratísimos, vemos ante Nuestros ojos con gran alegría que se está preparando este solemne centenario de FRANCISCO, que *en su vida sostuvo la casa, y en sus días fortaleció el templo*[38]; y lo vemos con tanta mayor alegría, cuanto que desde la flor de la edad le hemos venerado en religión como a Patrono, y porque desde hace tiempo hemos recibido piadosamente las insignias de la Orden Tercera y somos contados en el número de sus hijos.

En este año pues, en el séptimo centenario de su muerte, por su intercesión fluyan sobre el orbe católico y sobre nuestra gente beneficios tales, que éste sea un año para siempre memorable en la historia de la Iglesia.

En tanto con la gracia de Dios, os 175
impartimos, Venerables Hermanos, Nuestra Bendición Apostólica, a vosotros y a vuestro clero y pueblo, como augurio de celestiales dones y como testimonio de Nuestra paternal benevolencia.

Dada en San Pedro de Roma, el día 30 del mes de Abril, en el año 1926, el quinto de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA XI.

(38) Eccli. 50, 1.